

Exposición Doble de Letras

Mujeres y Trazos Escritos

Investigación y textos:

Emma de Ramón

Thomas Harris

Sonia Montecino

Marcela Morales

Paula Palacios

Pedro Pablo Zegers

Colaboraron:

Soledad Abarca

Karin Ehermann

Pablo Hozven

Gilda Luongo

José Moreno

Diseño y montaje:

Omar Larrain

Julio González

Miguel Carrasco

Luis Vilches

Hugo Castillo

Constanza Varas (Práctica)

Daniela Pérez (Práctica)

Instituciones Participantes:

- Archivo Nacional Histórico · Archivo Central Andrés Bello, Universidad de Chile
- Biblioteca Nacional · Museo Histórico Nacional · Museo de la Educación Gabriela Mistral
- Biblioteca de Santiago.



Presentación

Esta exposición se propuso destacar el valor de las obras literarias de diez mujeres chilenas quienes escribieron y reflexionaron sobre la condición y posición de las mujeres, en diferentes períodos históricos, desde la época colonial, hasta el siglo XX.

La muestra se podía visitar siguiendo una ruta o circuito a través de seis paradas en distintos puntos de la ciudad de Santiago. En cada uno de ellos se presentó una dupla de escritoras que, cada una en su tiempo, se insertaron en el espacio público dando testimonio de la necesidad de equidad en las relaciones de género.

Al reunir a dos mujeres en una misma sala de exposición, quisimos dar cuenta de la dificultad que ha tenido la sociedad chilena para incorporar a más de una mujer como sujeta relevante en tanto voz pública y escritural de una época. La posibilidad de superar esta condición, pasa por incorporar, sin negar conflictos ni diferencias, a más de una escritora en el panteón de lo conmemorable. No es una, tampoco dos, son todas las que con sus obras intentaron e intentan terminar con la exclusión de las mujeres en el discurso literario y público.

Amanda y Gabriela: entre cursos y discursos

Doble de letras: mujeres y trazos escritos

1. (Panel créditos)

2. Las mujeres entran al mundo del trabajo

El espacio que tradicionalmente ha definido a las mujeres es el ligado al hogar y las tareas domésticas, la tríada “madre – esposa – dueña de casa” ha sido decisiva en cuanto al modelo impuesto a las mujeres a lo largo de la historia. Sin embargo, a partir de finales del siglo XIX, las mujeres comenzaron a irrumpir en el espacio público, tradicionalmente masculino. Si bien fueron los hombres quienes definieron los espacios a utilizar, la disidencia estuvo dada por aquellas mujeres que desde distintas posiciones laborales, sociales, políticas y económicas subvirtieron el orden patriarcal tradicional: plasmaron críticas a los modelos vigentes, denunciaron la inequidad, generaron nuevos espacios. La presencia y la palabra femenina en el ámbito educacional desde las últimas décadas del siglo XIX, fue fundamental en la visibilización de las mujeres y en su participación activa en la sociedad.

La presencia femenina en la pedagogía, ha sido interpretada como una forma natural para las mujeres de incluirse en la masa de trabajadores activos al mantener el modelo idealizado de “ser para otros” que se consagraba para la mujer durante el siglo XIX y gran parte del XX, y al popularizar el modelo de la “maternidad social” como una actividad laboral legítima para esas nóveles trabajadoras. En esta perspectiva, algunas maestras no hicieron más que reproducir en su actividad los roles asignados a las mujeres por la cultura patriarcal. Otras, sin embargo, participaron activamente en las redefiniciones de estos roles y de la propia actividad pedagógica, aún cuando fueron constantemente cuestionadas y descalificadas por los

círculos de poder, principalmente, por la política y la Iglesia. En este grupo, Gabriela Mistral y Amanda Labarca sobresalen no sólo por su contribución al progreso de la educación en Chile, sino también por su cuestionamiento constante al sistema social. Ambas fueron contemporáneas a la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria y fieles defensoras de la misma. Las dos fueron criticadas y elogiadas. La instrucción de la mujer, para ambas, fue un tema central en sus escritos, pero también la importancia de reconocer nuevos métodos de enseñanza y la necesidad de establecer un compromiso estatal y social con la educación.

3. Amanda Labarca (1886 - 1975)

Amanda Labarca, nació en Santiago en el seno de una familia de clase media y muy conservadora. Realizó sus primeros estudios en una sencilla escuela de la calle San Isidro y luego, en el “Colegio Americano” de la renombrada pedagoga Isabel Pinochet Le Brun. A la edad de 15 años se graduó de Bachiller en Humanidades ingresando muy joven a trabajar como profesora primaria al tiempo que continuaba estudiando Pedagogía en Castellano en el Instituto Pedagógico. Motivada por las profundas desavenencias con su madre, al contraer matrimonio adoptó los apellidos de su marido y se alejó de su familia.

Desde los 18 años de edad, cuando obtuvo el título de profesora de Estado en Castellano, la carrera de Amanda Labarca fue muy destacada, convirtiéndose en un personaje importante del mundo pedagógico chileno. Fue subdirectora de la escuela Normal N° 3, hasta 1909, año en que publicó su primera obra “Impresiones de Juventud”. Viajó por Estados Unidos y Europa donde tuvo la oportunidad de estudiar en la Universidad de Columbia y en La Sorbona, impregnándose de las ideas feministas vigentes en Europa, que dieron origen en 1915, a su segunda obra “Tierras extrañas”.

Entre las actividades que realizó, se cuenta, en 1919, la participación en la fundación del Círculo Femenino de Estudios, la dirección del Liceo N° 5 y la cátedra de Psicología Pedagógica en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, convirtiéndose en la primera mujer en obtener una cátedra en esa casa de estudios. Entre 1927 y 1931 fue la jefa de la Dirección General de Educación Secundaria del Ministerio de Educación, creó las Escuelas de Temporada de la Universidad de Chile y colaboró en la fundación del Liceo Experimental Manuel de Salas. Apenas fundada la Organización de las Naciones Unidas, fue nombrada representante de Chile y jefa de la sección Status de la Mujer, entre 1947 y 1949. Ya viuda, regresó a Chile y retomó sus actividades académicas y políticas.

4. Amanda Labarca: Pedagoga y Militante

Amanda Labarca fue una mujer de gran inteligencia y muy activa en el mundo de la educación y de los movimientos políticos, particularmente en el ámbito de los derechos de las mujeres. No pertenecía a la clase social dominante y desde su posición de mujer de clase media trabajadora, feminista, activa militante del Partido Radical, prolífica escritora y comprometida educadora, constantemente debía re-definir y re-significar el limitado espacio que le correspondía como mujer en su época.

Labarca fue una figura de importancia en la Universidad de Chile, desde su ingreso al Instituto Pedagógico en 1902 hasta la década del '60, cuando fue nombrada profesora emérita de la Facultad de Filosofía y Humanidades. Participó además, activamente, en los movimientos feministas de las primeras décadas del siglo XX y en la promoción y obtención de los derechos cívicos femeninos. En ambos roles -militante y pedagoga- es posible reconocer a Labarca como una inagotable escritora que transita por diferentes formas literarias que van desde la creación de textos escolares (Juan y Juanita, 1947) hasta teoría política feminista (A dónde va la mujer, 1934; Feminismo contemporáneo,

1948) pasando por la historia y las políticas educativas (Historia de la Enseñanza en Chile, 1939; Bases para una política educacional, 1944).

Este ejercicio conlleva una modificación de los límites que definen las tradicionales fronteras literarias, puesto que, inevitablemente, en cada uno de sus textos y escritos respecto de algún tema en particular, es posible observar su posición política y su compromiso social con la educación. Existe, entonces, cierta transversalidad que se puede representar de la siguiente forma: en el aula no deja de lado su posición política partidista y feminista y en las sesiones del partido no deja de lado su rol de educadora. En su libro “¿A dónde va la Mujer?” (1934) Labarca describe clara y concisamente lo anterior: “La tarea pedagógica –que iba a ser mi profesión – se me aparecía trenzada en la urdiembre misma de los problemas sociales”.

5. Selección de escritos de Amanda Labarca

“Para que [la mujer] desempeñara su papel sumisa y graciosa cumplidamente, no era menester otra enseñanza que la del catecismo, las labores domésticas, unos rudimentos del A B C y de todas esas artes frívolas y encantadoras de gustar. (...) Después de porfiado empeño, unos tras otros, los liceos y las universidades comenzaron a abrir sus aulas al sexo tenido por inepto”.

“...Las que se creen sin necesidad de trabajar, aquellas cuyas mentes no les alcanzan para darse cuenta de los problemas sociales, ni gustan de ninguna disciplina artística, ni palpitan con la cálida simpatía humana que requieren las obras filantrópicas, ¿qué hacen de sus energías? ¡Recuérdese que hace una generación apenas, esas mujeres eran capaces de dar a luz a 20 hijos! Ante el inevitable vacío de sus horas se frivolizan a conciencia (...) La vida carece para ellas de un objetivo intenso. Mientras la infeliz obrera se encorva en el trabajo, el hastío de la mujer rica adquiere caracteres patológicos”.

“Así como parece de toda justicia y conveniencia el sufragio político femenino, podría dudarse de su oportunidad si sus adeptas no se preparasen para ejercerlo. Esto es muchísimo más urgente que la dictación de la ley (...) La ley que les conceda derechos civiles y políticos vendrá en estos países hoy, mañana o pasado. Pero hay que esperarla con la lámpara del espíritu encendida. No correr el riesgo de que los acontecimientos nos sobrecojan, sino preverlos con inteligencia, participando desde luego en los asuntos públicos”.

“Aunque sea verdad de Perogrullo, hay que repetirla. El hombre y la mujer no son iguales, y precisamente de la diferencia de cualidades y no de su confusión se beneficia la sociedad. No son iguales, pero si, equivalentes, porque son idénticamente necesarios a la vida y al desarrollo de la raza. Son equivalentes y, por lo tanto, es injusta cualquiera ley que conceda derechos a unos en desmedro de los otros”.

“¿A dónde va la mujer?” (Ediciones Extra, 1934)

6. Lucila Godoy: Gabriela Mistral (1889 - 1957)

Gabriela Mistral nació en Vicuña en el seno de una familia sencilla bajo el nombre de Lucila María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga. No recibió más que una educación formal elemental. Su incorporación en el ámbito de la educación comenzó en 1904, a la edad de 14 años, cuando se desempeñó como ayudante en la Escuela de La Compañía Baja y continuó en 1908 como maestra en la localidad de La Cantera. Incluso se le negó el derecho a ejercer la docencia cuando, en 1906, la Escuela Normal de La Serena –a instancias del asesor espiritual del establecimiento- le cerró las puertas de ingreso por considerar que su pluma y sus lecturas no se ajustaban al pensamiento de la iglesia

católica. En 1910 el sistema de formación magisterial de la época solo la habilitó como profesora primaria, cuando pasó sus exámenes en la Normal de Niñas de Santiago.

Entre 1904 y 1918 ejerció como maestra de escuela en pequeñas localidades semi-rurales donde combinó su actividad docente con la literatura a través de la colaboración en periódicos locales y la práctica sostenida de la poesía. En 1912 fue nombrada profesora de Castellano, de Historia y Geografía e Inspectora del Liceo de Los Andes lugar donde escribió la mayor parte de “Desolación” y los “Sonetos de la muerte”, obra por la cual obtuvo la más alta distinción en los Juegos Florales de 1914.

Fue en Los Andes donde conoció a Pedro Aguirre Cerda, quién, en su calidad de Ministro de Instrucción Pública, la nombró directora del Liceo de Niñas de Punta Arenas en 1918. En esta ciudad puso término a su primer libro de poemas, “Desolación”, obra publicada en 1922, en Estados Unidos por el Instituto de las Españas, que la proyectó como poetisa de relevancia internacional.

Ese mismo año fue invitada a México por el Ministro de Educación José Vasconcelos para colaborar en la Reforma Educacional y en la creación de bibliotecas populares de ese país. Financiada por el gobierno mexicano recorre Europa y Estados Unidos, desde entonces comienza un recorrido por distintos países, regresando ocasionalmente a Chile.

Su actividad literaria se desarrolló en paralelo a su quehacer pedagógico y consular, la que se vio coronada con el Premio Nobel de literatura en 1945, reconocimiento que la ubicó como la primera mujer latinoamericana en recibir este galardón. Seis años después, tardíamente, Chile hace un reconocimiento a su labor literaria, otorgándole el Premio Nacional de Literatura.

7. Escribir, escribir, escribir...

Gabriela Mistral transita entre la poesía y la prosa. Conocida fundamentalmente por su poesía dedicada a los niños, presenta otra faceta en su obra más íntima. Una herida atraviesa su vida: amores suicidas, amores a destiempo, desamores. Si bien es cierto, gran parte de su obra alude a los niños y niñas, en ella se despliega un amplio espectro de necesidades: mujeres, analfabetos, campesinos, indígenas, pobres. Tanto su poesía como su prosa nos hablan de estas inquietudes intelectuales, lo que queda de manifiesto en su creación. Sus cartas de amor, llenas de pasión, nos van mostrando otra Gabriela, menos pueril y más viva. Algunos de sus poemas religiosos, son súplicas de amor urgente. Su poesía relacionada con la muerte, es un verdadero grito, un canto ahogado de dolor.

Su prosa, fundamentalmente pedagógica, recoge una experiencia muy intensa con distintos sectores sociales. Hay una crítica profunda al sistema social, que mira indiferente las desigualdades entre ricos y pobres, entre letrados e iletrados, entre niños y adultos, entre campesinos y ciudadanos, entre hombres y mujeres.

8. Escritos de Gabriela

“Se honran a si mismos los pueblos que dignifican la enseñanza, llevándola desde la sala pobre y oscura hasta el aula airada y llena de luz. No es posible que un pueblo tenga hermosos teatros, cómodos clubes y vergonzosas escuelas. Para escuchar la mentira de un drama, bello o grotesco, se han hecho salas decoradas y magníficas y otras mejores aún para charlar de asuntos mundanos. Para enseñar la historia de los pueblos y sugerir los ideales modernos ¿vamos a tener sitios miserables, tugurios, mezquinos, vulgares edificios? (...) Dadnos escuelas en que nuestra doctrina no sea una

ironía. No podemos cantar el progreso en una escuela en ruinas. Dadnos, para el hogar de trescientos escolares, siquiera las comodidades que los poderosos han dado en sus casas a sus cuatro niños pequeños.”

“Las fiestas de la primavera se celebran con todo lucimiento: la primera piedra del Liceo” (fragmento)

Ya es tiempo de iniciar entre nosotras la formación de una literatura femenina, seria. A las excelentes maestras que empieza a tener nuestra América corresponde ir creando la literatura del hogar, no aquella de sensiblería y de belleza inferior que algunos tienen por tal, sino una literatura con sentido humano, profundo. (...) La llamada literatura educativa que suele circular entre nosotros lo es solamente como intención. No educa nunca lo inferior. Necesitamos páginas de arte verdadero en las que, como en la pintura holandesa de interiores, lo cotidiano se levante hasta el plano de belleza. (...) Pero en un libro de Lecturas para Mujeres no todo debía ser comentarios caseros y canciones de cuna. Se cae también en error cuando, por especializar la educación de la joven, se la empequeñece, eliminando de ella los grandes asuntos humanos, aquellos que le tocan tanto como al hombre: la justicia social, el trabajo, la naturaleza.

“Lecturas para mujeres” (fragmento)

9. La mirada de los otros

El discurso masculino dominante cuestionaba la necesidad de educarse de las mujeres, el derecho a voto femenino, la independencia económica y la redefinición del rol tradicional. En este sentido, el hecho de haberse atrevido a cuestionar su rol y el de las demás mujeres dentro de la sociedad de su época permitió que tanto Amanda Labarca como Gabriela Mistral conquistaran un espacio para sus contemporáneas y para las generaciones posteriores.

10. La mirada de los otros

Amanda Labarca inició su vida profesional contra la voluntad de su madre, circunstancia que la llevó a cambiar su apellido por el de su marido. Cuando fue nombrada Directora del Liceo N° 5 (1919) -situada en el centro de la polémica social y política respecto a las capacidades o incapacidades de las mujeres para ejercer cargos de poder- debió enfrentar la censura del Partido Conservador, por un lado, y el apoyo del Presidente de la República, Juan Luis Sanfuentes, por otro.

Fue criticada permanentemente por su carácter liberal e independiente que contradecía los estereotipos femeninos de la época. Una de sus actividades sociales fueron las tertulias, que llegaron a contar con la presencia de destacados intelectuales latinoamericanos, espacio íntimo en el que se trataban temas contingentes. Estos espacios no eran meros lugares de diversión y ocio; en ellos se producían discusiones que posteriormente repercutían en el accionar de quienes asistían a dichas tertulias, relevando con ello la relación de Amanda Labarca con sus pares.

11. La mirada de los otros

Tanto los adversarios de Gabriela Mistral como sus partidarios formaron con sus juicios una imagen fragmentada. Sin embargo, ella nunca hizo caso de ese retrato que se creó; esa imagen de mujer algo híbrida, interesada sólo en los niños, incapaz de amar con pasión o de tener una postura política fuera de lo que tradicionalmente se esperaba de una campesina pobre y católica. La sociedad chilena se la inventó sin ganas de amar, en un cuerpo donde la sensualidad no tenía cabida, sin la pasión que atravesó toda su vida y le permitió construir una obra poética singular y prolífera; pasión que se expresó casi con evidencia brutal en su creación literaria, en la correspondencia epistolar que estableció con Magallanes Moure o en poemas en que, con textos cargados de un erotismo sutil, expresó parte de su naturaleza más profunda y subterránea.

Actualmente, desde la resignificación de sus escritos, surge otra Gabriela, capaz de influir de manera potente en el plano intelectual, político y social de Chile.

12. Conclusión: El MEGM, Labarca y Mistral

Educación, convergencias, diferencias:

Cuando Amanda Labarca y Gabriela Mistral desarrollaron su actividad pública, imperaba en Chile una lógica patriarcal y oligárquica donde todos aquellos que no pertenecieran a las clases dominantes quedaban relegados a una participación marginal. Pese al ambiente adverso, estas mujeres dejaron su impronta en la historia de la educación a través de la construcción intelectual que hicieron desde su propio ejercicio pedagógico y escritural, el que no estuvo exento de conflictos y contradicciones.

Aún cuando existe una serie de características que separan ambas figuras, sus obras,

que hablan al mismo tiempo y desde distintas tribunas, son testimonio de los cambios que se generaron en Chile durante la primera mitad del siglo XX.

El Museo de la Educación Gabriela Mistral, como un espacio para la memoria, recoge, visibiliza y pone en valor a estas mujeres y a sus discursos, los que dan cuenta de las deficiencias y desigualdades del sistema del cual formaban parte, a la vez que nos interpelan acerca de los nuevos roles que asumen las mujeres en el contexto social y cultural del siglo XXI.

**"María Luisa Bombal / Mercedes Valdivieso:
transformando el mundo con la palabra escrita"**

1. (Panel créditos)

2.Las mujeres entran en la escritura.

A pesar de que en el ambiente literario de inicios y mediados del siglo XX, aún predominaba un discurso androcéntrico y la crítica era dominada por los hombres, muchas mujeres estuvieron presentes en la literatura nacional. Escritoras como Gabriela Mistral, Iris, Marta Brunet, Marcela Paz, Isidora Aguirre, Marta Jara, María Elena Gertner, Elisa Serrana, entre otras, enriquecieron las letras nacionales e hicieron de la literatura (la novela, la poesía, la dramaturgia), un ámbito en el que desplegaron su talento y creatividad.

En este contexto, y por cuanto sus obras fueron especialmente significativas en el proceso de conformación de una identidad de la literatura femenina chilena y latinoamericana, destacan las figuras de María Luisa Bombal (1910-1980) y Mercedes Valdivieso (1924-1993).

Escritoras que fueron capaces de crear un estilo particular de relatar, un lenguaje específico para nombrar cosas y situaciones antes silenciadas, abordando contenidos y temáticas en los que la presencia de las mujeres, sus formas de concebir, percibir y valorar el entorno, sus ocupaciones y preocupaciones comenzaron a formar parte del discurso literario.

Así, las mujeres que van emergiendo progresivamente en el siglo XX como sujetos de derecho en la vida social y política, instalan su voz propia y específica en el ámbito de las letras, de la literatura nacional, un espacio donde la presencia femenina, era (y es) calificada de excepcional.

3. María Luisa Bombal (1910 - 1980): un nombre que perdura

Cuando María Luisa Bombal se refería a su nacimiento, destacaba la condición mestiza de su origen.

“Nací el 8 de junio de 1910. El primer cónsul alemán en Santiago fue mi bisabuelo y su apellido era Precht. De modo que, por mi madre, venimos de los alemanes de Valparaíso que después, como tú sabes, se fueron a Viña del Mar. Mis ancestros eran hugonotes franceses que emigraron a Alsacia y el tipo que mató a Chejov era pariente nuestro... Amado Alonso siempre me hacía bromas respecto a esto y yo le contestaba "¡Pero qué culpa tengo yo!"... Por el lado de mi padre, los Bombal llegaron a Chile huyendo de la dictadura de Rosas... Muchos años después me impactó la dictadura de Rosas, pero, en la niñez, las historias de su crueldad eran una leyenda para mí (canta) "Ibamos a aunarnos / nos traicionó / y en la victoria / se quedó".

María Luisa, tal vez signada por el nomadismo familiar, al igual que sus ancestros, llevaría una vida errante. Después de la temprana muerte de su padre, junto a su familia se radicó en Francia. Allí recibió formación en literatura francesa y universal, mostrando interés por el teatro. A los 21 años, en 1931, regresó a Chile, donde se vincula con personas ligadas a la literatura y participa en la compañía teatral “Dramas y Comedias”. Al poco tiempo, y aprovechando una invitación de Pablo Neruda, en ese momento cónsul de Chile en Buenos Aires, se va a vivir allí.

“Yo lo único que tengo es mi nombre de escritora...”

En esa ciudad publicó sus obras más reconocidas: *La Última Niebla* en 1934, cuando aún no cumplía los veinticinco años, *La Amortajada* en 1938 y *El Árbol* en 1939.

De regreso a Chile protagoniza uno de los sucesos más tristes de su vida: el atentado contra su ex amante, Eulogio Sánchez Errázuriz, hecho por el que estuvo detenida varios meses y del que fue sobreseída porque el herido no presentó cargos. Viajó a Estados Unidos donde se casó y fue madre de una única hija. Allí escribió en inglés, guiones para cine que no firmaba con su nombre.

Cuando retorna al país, publica una de sus obras más notables y conmovedoras “*La historia de María Griselda*” (1976). Murió poco después en 1980, víctima del alcohol, sola, en una cama del hospital Salvador.

En su entierro fue homenajeada por críticos y escritores nacionales, quienes reconocieron y destacaron su aporte a la literatura chilena. En parte de su discurso, el crítico Ignacio Valente señala que a María Luisa Bombal se la llamará la voz más femenina de la literatura nacional.

4. María Luisa Bombal y la escritura amortajada

Con la perspectiva que da el tiempo sobre los procesos literarios, hoy podemos afirmar que la inserción de la narrativa chilena en la contemporaneidad, se produjo con tres breves novelas escritas por María Luisa Bombal en la década de 1930: *La amortajada*, *La última niebla* y *El árbol*.

Tres novelas que arremeten contra el canon establecido por la literatura en prosa, con una escritura plagada de monólogos interiores, de espacios oníricos, de ambigüedad

temática y formal, con una fuerte impronta psicológica en los personajes, con un devenir existencial difuso y doloroso.

“Repentinamente la hiere un detalle insólito. Muy pegada a la oreja advierte una arruga, una sola, muy fina, como un hilo de telaraña, pero una arruga, una verdadera arruga, la primera.

Dios mío, ¿aquello es posible? ¿Antonio no es inviolable?

No. Antonio no es inviolable. Esa única, imperceptible arruga, no tardará en descongelarse hacia la mejilla, donde se abrirá muy pronto en dos, en cuatro; marcará, por fin, toda su cara. Lentamente empezará luego a corroer esa belleza que nada había conseguido alterar, y junto con ella se irá desmoronando la arrogancia del encanto de aquel ser afortunado y cruel.

Como un resorte que se quiebra, como una energía que ha perdido su objeto, ha decaído de pronto en ella, el impulso que la erguía implacable y venenosa, siempre dispuesta a morder. He aquí que su odio se ha vuelto pasivo, casi indulgente”.

(La Amortajada)

Aún sin proponérselo de manera conciente, el eje temático central de sus obras relata de manera sensitiva y dolorosa, el papel limitado y -por momentos asfixiante- que se le ha asignado tradicionalmente a la mujer en la sociedad chilena de las clases medias y acomodadas.

5. Una formación literaria integral

Su genio, su prolija formación en Europa y las relaciones sociales de su familia la llevaron a rodearse de personas que pudieron valorar su talento y que la ayudaron a tener las oportunidades de publicar su obra: “A los diecisiete años -cuenta-, escribí una

tragedia de amor y se la mostré a Ricardo Güiraldes, que era muy amigo de mi familia y él, desde entonces me empezó a llamar colega”.

Su “condición rarísima, don gratuito, verdadero presente de los dioses, imposible de adquirir por ninguna clase de estudios; la mirada nueva y limpia, el modo natural y original de ver las cosas, la sensación directa del paisaje y de los seres”, según definiría Alone el talento natural de Bombal para la escritura, la llevó a estudiar literatura: “A los dieciocho [años], -dice-, entré a la Sorbona donde obtuve un certificado de literatura francesa. Yo quería seguir con la literatura hispánica, pero, para eso, debía ingresar al programa de literatura comparada y ahí exigían el Latín... ¡el latín me pareció insoportable! y por eso no soy licenciada en Letras”.

A pesar de no haber continuado sus estudios sino por breve tiempo, Bombal confidenciaba que había sido “gran lectora de Paul Valery, aunque ahora hace años que no lo he leído...

A Baudelaire y Verlaine sí que los leo siempre, esa música, como que me alivia.”•

Durante su residencia en Buenos Aires conoció y compartió con distintos grupos de escritores e intelectuales entre quienes se encontraban Federico García Lorca, Jorge Luis Borges, Oliverio Girondo, Norah Lange, Conrado Nalé Roxlo, Alfonso Reyes, Victoria Ocampo, entre otros.

(...) “Todos estos grupos eran muy unidos en el fondo, se respetaban entre ellos, no se veían porque se aburrían (...) Además yo también tenía mi grupo de filólogos, pues, Henríquez Ureña, ¡Amado Alonso! Como no tenía máquina de escribir, iba al Instituto Filológico, donde me prestaban una. Yo escribía y pasaba mis cosas al final de la mesa mientras ellos hacían su sesión de filólogos, pero me desesperaba... ¡no podía concentrarme!, porque mientras yo trataba de escribir, ellos discutían las raíces de la palabra "ventana" o decían que "cortina" venía de "cortis"; era como que, para caminar, uno primero tuviera que analizar cómo mueve los pies”

6. “Escribir es un aliento de la tierra”

Además de irrumpir en la narrativa Latinoamérica con una forma nueva de usar el lenguaje, de trascender el realismo y de aproximarse a la novela como género, con *La Última Niebla* y *La Amortajada*, logra develar la situación y la condición de las mujeres cuya vitalidad parece estar restringida en los rígidos formatos del matrimonio.

Esta revelación, se hace desde el relato fragmentario y descarnado de una experiencia sensitiva y amorosa dolorosa para las mujeres, pero sin el apoyo de una racionalidad feminista ni de apuestas que apunten a la liberación de su subordinación.

“Yo tenía pasión por lo personal, lo interno, el corazón, el arte, la naturaleza... yo no perseguía nada...”

María Luisa escribe desde el dolor y el placer de la condición femenina de una mujer de su posición social, sensibilidad y formación en el Chile de los años treinta del siglo XX. Escribe para encontrar un lugar en el mundo. Para completarse.

Como señala Ágata Gligo, “Más que la voluntad tranquila y convencida que en muchos casos es el motor de obras, es el instinto de conservación lo que la impulsa a escribir. María Luisa ha sido desconocida, negada. Escribiendo completará su persona (...) ¿Quién soy? ¿Cómo puedo hablarle al mundo, como el mundo puede hablarme a mí? Comprende que sólo tiene el lenguaje del arte”

María Luisa Bombal es recordada como una mujer brillante y sensible, de humor irreverente, de gran versatilidad artística, de pasiones literarias y amorosas, para quien escribir fue la concreción de un profundo deseo. “Escribir es un aliento de la tierra, un aliento de Dios. Llega a uno como el viento, como un viento de Dios, que pasa... escribir es un ángel que pasa”.

7. Mercedes Valdivieso (1924 - 1993): una brecha en la narrativa chilena.

En la generación literaria de 1950, se sucedieron múltiples rupturas en el canon literario nacional. Se expandió nuestra narrativa desde el criollismo a una visión de mundo más universal; se “importaron” nuevas formas de narrar, de carácter más experimental, y, a un mismo tiempo, pero a distinto nivel de significación, las voces de escritoras mujeres, instalaron en el imaginario colectivo la palabra femenina, desde una conciencia de sí, desde su posición descentrada, marginal, distinta.

La novela de Mercedes Valdivieso, *La brecha*, es una de las más significativas en este contexto. La novela fue recibida con reserva por la crítica pues contrariaba a los sectores más conservadores del mundo cultural y social chileno: el divorcio y el aborto en el Chile de comienzos de los sesenta eran temas tabú, más aún si la palabra que los profería y narraba era de una mujer, es decir, la protagonista principal de estos asuntos.

La recepción del lector de “*La brecha*”, fue unánime, tanto que consiguió publicar cinco ediciones en un año: polémica, sagaz, transgresora, la novela logró destacar prejuicios, tabúes y barreras impuestas por la sociedad hacia las mujeres. La crítica no fue tan benigna, particularmente aquella de sectores involucrados con la Iglesia y la extrema derecha. El *Diario Ilustrado* dijo de su obra “estas señoras que ahora abren “brechas” deberían volver al respetuoso silencio que tuvieron siempre y no estar exhibiendo sus problemas personales que no sólo confunden al público lector, sino que lo desquician”.

Con esta obra Mercedes Valdivieso se convirtió, en una autora rupturista, que desafió las convenciones al reflejar, en un discurso desprovisto de toda retórica, la problemática de la mujer en Chile. Como diría años más tarde “porque de la mujer hay dos versiones: una de virgen y otra de bruja; la tradición mariana y la tradición de la Quintrala. *La Brecha* incursiona en la realidad que está en el medio”.

8. Las mujeres, el trabajo, la profesión, el activismo.

“Mi recuerdo de infancia más persistente es el de mi madre, inclinada por las noches sobre sus libros, estudiando bajo la lámpara verde. Ella iba a la escuela de medicina con crespones de viuda”.

Mercedes Valenzuela Álvarez, como era su nombre civil, provenía de una familia de médicos en la cual el modelo de la mujer profesional se impuso: su madre estudió la carrera de medicina, que había abandonado para casarse, una vez viuda.

Su propia vida iba en el rumbo tradicional deseado para una mujer de clase media chilena de los años '50 hasta que decidió que la escritura era su vocación. Esta decisión coincidió con su separación. Formó parte de un grupo de intelectuales, hombres y mujeres, que en la década del 50 al 70 agitaron la escena cultural chilena. Mercedes se inserta en ese movimiento con una clara orientación de izquierda y feminista. Participa en las campañas presidenciales de Salvador Allende, junto a otras mujeres recorrió el país conectando artesanas para dar a conocer el arte popular y difundirlo como una expresión de valor dentro de la sociedad chilena. Luego seguirá las lides de la pedagogía universitaria, culminando su carrera como profesora de literatura hispanoamericana en Rice University, en Houston, Texas. Allí se empapó de las nuevas tendencias del feminismo internacional, se contactó con otras escritoras del continente, construyendo con ellas lo que se podría denominar una política escritural feminista con un claro sello latinoamericanista.

Mercedes se mantuvo lejos del país durante el tiempo de la dictadura, pero viajando en forma regular a Chile. Es así como en la década del 80, al amparo del Círculo de Estudios de la Mujer, crea el Primer Taller de Literatura Feminista en Chile, en el cual se reunieron Diamela Eltit, Nelly Richards, Adriana Valdés, Cecilia Sánchez, Sonia Montecino, Eugenia Brito, entre otras escritoras que marcarán la futura escena cultural chilena.

9. Texto y pensamiento en Mercedes Valdivieso

Mercedes adoptó de su segundo marido, el apellido Valdivieso para firmar sus textos. En su labor escritural, no sólo compuso obras de imaginación, sino también desarrolló un discurso reflexivo en relación a los cambios sociales en pro de la mujer y que modificaría su historia en el Chile de los años 40 en adelante. En esa tesitura se posicionó ideológicamente en la denuncia del orden jerárquico masculino. Como dice Marichier Euler: “En su escritura se plantearon actitudes contestatarias y críticas tanto de las normas sociales a las cuales las mujeres deben adaptarse, como a los roles sociales que ellas establecen”. Para esta incorporación de la sociología feminista de su época en la ficción, Mercedes Valdivieso deslizó a su escritura narrativa una textualidad opinante, y en múltiples artículos y entrevistas que publicó y concedió en diarios y revistas, como *Ercilla* y *La Época*, continuó con esta tarea desmitificadora e ideológica, que se impone en sus novelas. Así, se ve a sí misma de la siguiente manera: “una representante del momento que le tocó vivir y cuyos conflictos se atrevió a retratar desafiando el escándalo, la soledad y el rechazo que esto pudiera significar.”

“Me casé como todo mundo se casa. Ese mundo de las horas de almuerzo, del dedo en alto, guardián de la castidad de las niñas. Antes de los veinticinco años debía adquirir un hombre -sine qua non- que velara por mí, me vistiera, fuera ambicioso y del que se esperara, al cabo de cierto tiempo, una buena posición: la mejor posición” (La Brecha).

Caracteriza la labor política feminista de Mercedes Valdivieso, la promoción constante de otras escritoras, sobre todo de las más jóvenes, abriendo puertas para su inserción en el duro medio intelectual marcado por el dominio masculino. Mercedes practica lo que se llama el “afidamento” un término que las feministas italianas utilizan para definir la necesaria solidaridad de las mujeres que tienen poder con aquellas que no lo tienen.

Mercedes se comprometió desde su creatividad con la lucha por la supresión de todas

las opresiones (de clase, de género y de etnia), lo que se ve representado, no sólo en las novelas que escribió antes de los años ochenta, sino, particularmente en “Maldita yo entre las Mujeres”. En esta obra se realiza una relectura de La Quintrala, en la cual se pueden leer las triples subordinaciones de las mujeres, además de una denuncia subterránea al modelo represivo de la sociedad chilena en la cual escribe.

10. Mercedes Valdivieso: “Libre, feliz y realizada”.

Para Mercedes Valdivieso, escribir y, más tarde, publicar, significaban, según sus propias palabras: “Una necesidad de manifestarme, de hacer oír mi voz en desacuerdo con lo que veía. El separarme de mi primer marido había sido un salto social, después debía dar el salto literario. Era entrar en un terreno masculino, en el que las mujeres eran miradas con reserva.” Con esta conciencia de exclusión, Mercedes Valdivieso irrumpió en un espacio público hasta la fecha casi vedado para la mujer, pero a pesar de la pugna genérica y de la lucha cuerpo a cuerpo, no dejó de creer en la fuerza transformadora de la palabra y de buscar en la literatura un lugar para la Utopía realizada: “La imagen de la mujer era una imagen social desvalorizada”, afirma en una oportunidad; mas agrega: “Me gustaría dejar una referencia al futuro sobre esta sociedad de nuestra época: libre, feliz y realizada”.

Las obras de Mercedes Valdivieso son “La brecha” (1961); “La tierra que les di” (1963); “Los ojos de bambú” (1964); “Las noches y un día” (1971); “Maldita yo entre las mujeres” (1991); “Los secretos del gusto: la cocina” (1993). Además fue editora de “Adán, la revista del hombre latinoamericano” (1966-1967).

11. Dobles de letras libres, críticas e irreverentes en el escenario literario nacional.

María Luisa Bombal y Mercedes Valdivieso, ambas imbuidas en una sociedad cambiante donde, no obstante, la subordinación de las mujeres sigue presente tanto en los espacios públicos como privados, instalan con libertad, un discurso literario que descubre la condición y posición de las mujeres.

En el caso de Mercedes Valdivieso, este develamiento se hace de modo consciente, con una escritura comprometida con la transformación social, en María Luisa Bombal, en cambio, se realiza por la necesidad de expresarse, de ser a través de la palabra escrita.

Ambas ubican en la escena literaria y en el debate público nacional sus voces narrativas profundas, versátiles, irreverentes y renovadoras. Continuidad y ruptura con las escritoras del pasado, que permitirá interrogarse en el siglo XX por la existencia en Chile de una literatura propiamente femenina y/o feminista.

Dobles de letras: mujeres y trazos escritos

Democracia en el país y en la casa

1. (Panel créditos)

2. Siglo XX: la irrupción de las mujeres

Las mujeres ocuparon en el siglo XX, como nunca antes en la historia, el espacio público. En fábricas y escuelas, fueron pilares fundamentales en los nuevos proyectos nacionales y de la emergencia de un pensamiento crítico respecto de ellos, consolidando ideológica y socialmente lo que desde el siglo XVIII se denominara: “la cuestión de la mujer”.

En el siglo XIX las mujeres habían ganado el derecho de escribir desde la intimidad de su habitación un libro o un artículo de prensa con el cual se introdujeron en el espacio público. Esta práctica suscitó resistencias, sin embargo, no se cedió en lo conquistado. En el siglo XX se siguió tras las huellas y logros de las predecesoras, dando un nuevo paso con la incorporación sostenida de las mujeres a la educación superior, condición que les dio autoridad para escribir de asuntos públicos con las mismas armas masculinas. Ya no se trata del relato confesional del claustro, ni de cambiar de nombre o disfrazar la escritura, sino que de hacer de la voz y la palabra escrita de las mujeres un asunto político e ideológico que disputa, con otros movimientos sociales del mundo contemporáneo, el poder de lo simbólico en las letras.

Elena Caffarena (1903-2003) y Julieta Kirkwood (1937-1985), son representantes de las

voces que se escucharon –y que se siguen oyendo- en la reflexión y acción que anuda lo público y lo privado. Desde dos generaciones distintas ellas enlazan esos ámbitos y se encuentran en el anhelo de construir una sociedad radicalmente distinta: una en la cual la igualdad debe darse en ambas esferas, pues una y la otra son la doble faz de la condición y posición subalterna de lo femenino. Es un siglo en que la irrupción de las mujeres en el espacio público, es sinónimo de mujeres que luchan por tener participación en el poder.

3. Luchas de siglo XX: ciudadanía y derechos civiles

Entre las reivindicaciones sociales que marcaron la primera mitad del siglo XX, las de las mujeres ocuparon un lugar central. La formación de un movimiento emancipatorio femenino en el plano de la ciudadanía tuvo como correlato la demanda por el derecho al sufragio. En 1931 la lucha de las mujeres tiene como corolario la obtención del voto. El 11 de mayo de 1935 un grupo de mujeres funda el Movimiento Pro Emancipación de las Mujeres de Chile (MEMCH), cuyo objetivo primordial fue luchar por la igualdad de derechos entre mujeres y hombres. En ese espacio se propuso, entre otras tantas iniciativas: institucionalizar la conmemoración del Día Internacional de la Mujer, reglamentar el aborto, divulgar los métodos anticonceptivos y hablar del divorcio legal. El 8 de enero de 1949, tras años de denuncias y espera, se consiguió que las mujeres pudieran votar en las elecciones municipales, presidenciales y parlamentarias del país.

Elena Caffarena y Julieta Kirkwood convirtieron el pensamiento y la acción en escritura que registra una historia, y en gesto que esculpe una diferencia en la cultura.

El feminismo chileno les debe gran parte de su tradición política e intelectual; pivotes de una propuesta de equidad, de una utopía de igualdad de género que, aunque nacida desde las clases medias, compromete la liberación de la opresión de las mujeres de todas las clases sociales.

Kirkwood resumirá esta utopía con el lema “democracia en el país y en la casa”,

entendiendo que lo privado es político en la medida en que la cultura opera como un todo y el poder se afina en los distintos intersticios de la vida en sociedad.

La mayor participación de las mujeres en el ámbito de la educación superior y en el mundo del trabajo remunerado, tendrá como correlato su inserción en la política. Mujeres parlamentarias, una ministra de gobierno y mujeres embajadoras protagonizan la mitad del siglo. Sus opciones universitarias se inclinaron preferentemente por las carreras pedagógicas, la salud y la asistencia social.

4. Elena y Julieta: El feminismo como tradición política e intelectual

El movimiento feminista que se desarrolló entre los años 1913 y 1953, que bregó por la consecución de derechos civiles y políticos, en la segunda mitad del siglo XX subsumió sus reivindicaciones específicas, dentro del cauce de los partidos políticos. Las vidas de Elena y Julieta son parte de esta historia, cruzándose en la década de 1980 en el MENCH. Dicho encuentro es también un momento de recambio e inicio de otras luchas.

“...Lo conocimos primero hurgueteando en bibliotecas; nos sorprendió profundamente encontrar ya formuladas algunas de nuestras balbuceantes reivindicaciones. Quisimos saber más; conversamos con algunas de sus creadoras y dirigentas.

Entonces descubrimos que había toda una historia de esfuerzos y de luchas femeninas que jamás nos fue enseñada en nuestras clases de historia” (“11 de mayo, un aniversario para las mujeres, escrito por Julieta Kirkwood en colaboración, mayo 1981)

Elena Caffarena se tituló de abogada en 1926, en esa época se declaraba “feminista por vocación democrática” y aunque sus simpatías ideológicas se inclinaban hacia la izquierda, ella nunca militó en ningún partido político. Dedicó su vida en dignificar a la mujer. Sus mayores esfuerzos, tanto desde su participación activa en el MEMCH como a través de los textos de jurisprudencia que escribió, apuntaron a ampliar la opción de las mujeres reducida casi exclusivamente, en esa

época, al destino de la maternidad y el cuidado de su hogar y familia.

“Yo fui la abogada número quince en Chile. Fue precisamente, el conocimiento que obtuve en mis estudios de leyes, cuando me percaté de la inferioridad en que se encontraban las mujeres frente a la ley. Eso hizo nacer mi vocación feminista.

Cuando yo era estudiante, escribí un artículo en el que señalaba todas las diferencias que había en relación con la mujer. Este artículo se publicó después en un libro que se llamaba Actividades Femeninas y que se editó para conmemorar el cincuenta aniversario del “Decreto Amunátegui”. También influyó –creo yo-el ambiente mismo de la época en que me tocó estudiar. Usted tiene que tomar en cuenta que yo estudié en los años veinte, cuando había gran efervescencia estudiantil, esto daba un espíritu libertario...”

(En: Elena Caffarena: El derecho a voz, el derecho a voto, de Diamela Eltit).

Si Elena fue pionera en la organización del movimiento de mujeres, Julieta lo fue en señalar y construir una pedagogía femenina y feminista, impartiendo clases en la Academia de Humanismo Cristiano, en la década del 80. De esta labor emergen los “Feminarios” un modo distinto de hacer “seminarios”. Julieta, nacida en 1937, fundó las bases de lo que posteriormente serán los estudios de la mujer y género en las universidades chilenas.

“Una de las características más notables del feminismo contemporáneo es esa suerte de irresponsabilidad para con el paradigma científico y los conceptos que se asumen en su lenguaje. Esa especie de desparpajo en mezclarlo todo, como si se tuviera la certeza de que las tablas de la ley del conocer, por venir tan desde lo alto, se hubiesen hecho añicos en su caída a lo humano y que, en consecuencia, habría que arreglárselas con lo que tenemos”.

(Julieta Kirkwood, Los nudos de la sabiduría feminista)

Elena junto a muchísimas otras mujeres, hizo política, para que otras, como Julieta pudieran escribir de política desde lo femenino, en la subversión a todos los poderes que ello entrañaba.

5. La escritura desde la universidad: nuevas armas para la lucha de la mujer

Ley y política son los senderos paralelos que Caffarena transitó. A ella le debemos, en gran medida, además de la obtención de reformas legales, la conquista del voto político y la creciente incorporación de las mujeres a las aulas universitarias. En 1932, participó junto con Amanda Labarca en la fundación de la Asociación de Mujeres Universitarias. En el año 1935, junto a mujeres de su época, fundó el MEMCH, trinchera que es utilizada para denunciar los atropellos y desigualdades. En 1940 dejó la Secretaría General del MEMCH, pero siguió colaborando con el nuevo directorio, especialmente en todo aquello relacionado con temas jurídicos que afectaban a la mujer. Junto a Flor Heredia, redactó el proyecto de ley que entregaba el voto a las mujeres. Por esos mismos años, asumió como directora del Consejo de Defensa del Niño, permaneciendo en el Consejo hasta el año 1974, cuando se le pidió la renuncia. En 1983 participó en la refundación del MEMCH con el que trabajó hasta el año 1989.

Julieta Kirkwood, socióloga, estudió en medio de los cambios de la sociedad chilena, del influjo de las rebeliones de mayo del 68 y de la Unidad Popular. Una mujer que, enmarcada en los paradigmas marxistas, comienza a ver que no es sólo la clase la que produce opresión sino también el género. Debate que instala en el mundo académico y político, pues no le cabe duda de que ni la democracia, y menos el socialismo, se construirá, si se mantiene oculto y postergado el problema de la mujer.

Elena y Julieta, por tanto, son dignas herederas de la huella de tantas que como Eloísa Díaz, primer médico cirujano titulada en la Universidad de Chile en 1887, construyeron un mundo posible para todas las mujeres del siglo XXI. Entre 1910 y 1950, la Universidad de Chile tituló a 8.733 mujeres: 38,7% de profesoras de Estado y 19,92% de asistentes sociales, seguidas de odontólogas, enfermeras, farmacéuticas y médicas. Caffarena y Kirkwood también abrieron camino para otra conquista ganada por las mujeres en la Universidad de Chile, a partir de 2008, la distinción de género en títulos y grados: abogadas, licenciadas, doctoras, ingenieras, administradoras, sociólogas, antropólogas.

Los estudios universitarios permiten a las mujeres ser reconocidas en espacios que anteriormente fueron monopolizados por los hombres. La escritura adquiere un poder inusitado ahora que se apoya en un saber que la Universidad legitima. Son nuevas armas para una lucha que se vuelca ahora a los núcleos de las relaciones de poder: género y saber.

6. Elena Caffarena: tomar las armas legales

Elena Caffarena se situó en el núcleo duro desde el cual se construye la norma, la ley y el discurso que regula la vida en sociedad. Siendo abogada, dedicó su vida no sólo a denunciar las leyes que mantenían a las mujeres en condición subordinada o dependiente, sino que a proponer cambios que las favorecieran, constituyéndose como eje analítico de su aporte, el tema del matrimonio, de la pareja, es decir, del mundo donde se gesta y reproduce lo privado, el lugar donde se aprende la jerarquía y el prestigio. Es el corazón de las relaciones de género, el que Caffarena desmenuza con detalle para denunciar y reparar.

Elena Caffarena, nació en Iquique en 1903, en una familia de inmigrantes italianos que se trasladó a Santiago en la década de 1920. En esta ciudad prosiguió sus estudios. Al entrar en la universidad y cuando cursaba segundo año de Derecho, se inscribió en la Oficina de Defensa Jurídica Gratuita, dependiente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, donde conoció al que sería años más tarde su esposo, Jorge Jiles, activo militante del Partido Comunista.

Obtuvo su título de abogada en el año 1926. Sus gestos escriturales subvierten desde el lenguaje de la ley y con una lógica implacable los fundamentos de la subordinación de las mujeres. Ejemplo de esto es el ensayo del año 1947: "¿Debe el marido alimentar a la mujer que vive fuera del hogar conyugal?". En él Caffarena revisa la noción de alimento, de reciprocidad, de hogar y de pareja fuera del matrimonio, de mujer sola con sus hijos. Este entramado de vínculos leído desde lo legal va develando la realidad de sumisión femenina y el abandono paterno, describiendo

desde el lenguaje de la denuncia -de manera zigzagueante y subrepticia- la estructura social que produce desigualdad de género.

7. Julieta Kirwood: tejiendo rebeldías

Licenciada en Sociología en la Universidad de Chile en el año 1968, titulada en Ciencias Políticas en 1969 en la misma casa de estudios, profesora e investigadora en el programa FLACSO entre 1972 y 1985, Julieta se asumió como académica e intelectual. Creó y participó activamente tanto en el “Círculo de Estudios de la Mujer”, como en la revista "Furia" del Colectivo de Mujeres del movimiento feminista, en el MEMCH 1983 y en la Casa de la Mujer “La Morada”.

Una de sus amigas la recuerda como una “moza insolente, sonrisa fácil y pelo desordenado, hablaba poco, escribía mucho y pensaba mientras tejía ideas”. Julieta se asumió feminista, entendiéndolo “como la rebeldía ante las tremendas diferencias entre lo que se postula para todo el género humano y lo que vivenciamos concretamente las mujeres”. A través de su trabajo, análisis y denuncia, buscó recuperar esas historias de vidas que se esconden en lo doméstico, pues reconocía que para que la liberación de la sociedad humana fuese posible, era necesario mirar esos espacios cotidianos. Allí es donde se devela el hacer de las otras, las que en silencio ordenan y reproducen el diario vivir por medio de trabajos no dignificados ni valorados, pero que son la base de la existencia de una sociedad. El poder conquistado por muchas mujeres, debía estar al servicio de aquellas que no lo tenían.^{2,5}

“ Y descubrimos que hay dos historias.

Una heroica o trágica, según se lea

desde la dominación o desde aquéllos que la sufren.

La otra no ha sido jamás contada: se refiere a lo mínimo, a lo doméstico, a

esa larga existencia silenciosa de miles de horas

de lavar, zurcir, tejer, cocinar, cambiar pañales (...)

Y otra vez encender fuego, poner la tetera, hacer las camas (...)

*Eso que se llama la vida privada; y que más nos parece
haber privado a la mujer de la vida:
del derecho a formular su vida humana ”*

(Julieta Kirkwood, Por qué llamarnos Furia, en "Tejiendo Rebeldías", 1987).

Julieta Kirkwood lideró el feminismo en el Chile de los '80 y lo conectó con el resto de América Latina, marcando a fuego el pensamiento de las feministas chilenas. Julieta mestiza los saberes feministas con otras vertientes que singularizan su propuesta epistemológica, un pensamiento que nace situado en América Latina, pero que se disloca hacia el mundo. Durante la dictadura militar participó activamente en protestas y se involucró en organizaciones de derechos humanos, impulsando la reactivación del feminismo en Chile con un nuevo rostro. Murió en el año 1985, sin ver la anhelada democracia del país, pero dejando tras de sí una escritura rebelde, una utopía feminista de transformación radical de la sociedad.

La escritura de Julieta es trunca por el cáncer, la enfermedad le arrebató la vida siendo muy joven, su obra sólo se publicó de manera póstuma; un conjunto de escritos que no han sido superados y que han inspirado a varias generaciones de intelectuales feministas. No tiene una doble de letras oficial, pues ella no compitió sino que reunió a las mujeres.

8. Caffarena y Kirwood: las luchas del segundo siglo XX

Elena Caffarena y Julieta Kirkwood, habitaron el siglo XX, y aún cuando pertenecen a generaciones diferentes, están unidas por un deseo común que, de extremo a extremo del siglo, las toma de la mano para develar y denunciar a través de la palabra y la escritura las desigualdades de género, exigiendo con ello una sociedad en donde mujeres y hombres sean valorados en sus diferencias y especificidades.

Caffarena escribe sobre los derechos de la mujer como parte de las denuncias de todos los tipos de opresión, inquietud que ya expresaba en sus tesis para optar al grado de Bachiller en Leyes y Ciencias Políticas en el año 1926: "El enriquecimiento sin causa a

expensas de otro en el derecho civil chileno". Su preocupación por los derechos ciudadanos se expresa en "El recurso de amparo frente a los regímenes de emergencia" (1957) y se amplía ese mismo año con el "Diccionario de Jurisprudencia Chilena", texto que apuntaba a legisladores y estudiantes, pero también incluía al amplio público que podía entonces conocer los vericuetos semánticos de las leyes. La palabra escrita construye el mundo, parece decirnos. Idea que Julieta hace propia, quizás, cuando se conocen en el MENCH en la misma década.

Julieta, lleva tras de sí una tradición de mujeres escritoras, la mayoría centrada en la escritura de ficción (novela y poesía), ese legado hace posible que ella escriba, pero será la saga de las primeras ensayistas su norte: Marta Elba Miranda, Amanda Labarca, Felicitas Kimpel en Chile y sin duda, los ecos de Simone de Beauvoir y de Margaret Mead, entre otras pensadoras sobre la condición de las mujeres. La política se nutre del legado de la escritura filosófica-política del marxismo, y de modo particular de Albert Camus, quien con su "Hombre Rebelde" la seduce a pensar en la Mujer Rebelde. Esto la lleva a proponer una pedagogía feminista que hace de la escritura de las mujeres una propuesta política en sí misma, unos feminarios.

Elena y Julieta, se instalan progresivamente como sujetas de derecho, dueñas de una palabra propia en el dominio de lo público a través de la escritura. Poseedoras de una voz política de género, hicieron de la escritura en manos de mujeres una escritura que cuestiona y transforma la realidad.

9. Fragmento de Elena

“He luchado por el voto para la mujer, no porque sea una feminista autrante, ni porque crea que las mujeres son mejores que los hombres o que el voto femenino sea en sí panacea para solucionar los problemas nacionales, sino simplemente por convicción democrática. Creo en el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Pienso que todos los habitantes de un país, cualquiera sea su color o raza, su cultura y sexo, su credo político o religioso, tienen derecho a influir en los destinos de su patria”.

Elena Caffarena, 1949

10. Fragmento de Julieta

(...)los nudos se pueden deshacer siguiendo la inversa trayectoria, cuidadosamente,...con el hilo que hay detrás, para detectar su tamaño y su sentido; o bien se pueden cortar con presas de cuchillos o espadas para ganarse de inmediato el imperio de las cosas en disputa. De allí surge, creo, la primera brutal divergencia entre conocimiento y poder(...) Julieta Kirkwood.

“Pienso que la realización de la política es algo más que una referencia al poder del Estado, a las organizaciones institucionales, a las organizaciones de la economía y a la dialéctica del ejercicio del poder: es también, y tan fundamentalmente como lo anterior, repensar la organización de la vida cotidiana de mujeres y hombres; es cuestionar, para negar –o a lo menos empezar a dudar de- la afirmación de la necesidad vital de la existencia de dos áreas experienciales tajantemente cortadas, la de lo público (político) y la de lo privado (doméstico), que sacraliza estereotipadamente ámbitos de acción excluyentes y rígidos tanto para los hombres como para las mujeres”.

(Julieta Kirkwood, Feminarios)